

lócrates entregó el templo á estos últimos, al proponer que se entregase á los anficiones. Pero, ¿á qué anficiones? Tebas y la Tesalia eran las únicas representadas. Tampoco se dijo nada de la convocacion de la Asamblea federal, de aguardar á que se hubiese reunido, de enviar á Proxenos al socorro de la Fócida, ni de nacer marchar los atenienses; no, nada absolutamente se dijo de esto. Filippo, sin embargo, os escribió dos cartas de invitacion. Pero, ¿deseaba él que venciéseis? De ninguna manera. En otro caso, antes de llamaros no os hubiera entorpecido en los momentos en que podiais partir; no me hubiera detenido cuando quería embarcarme para la Fócida; no habría ordenado al acusado que os entretuviese con los discursos más á propósito para encadenar vuestros pasos. Lo que él deseaba era que, persuadidos de que obraría conforme á vuestros deseos, no tomáseis ninguna decision para resistirle; lo que él quería era que la Fócida, confiada en vuestras promesas, no le opusiese ninguna defensa, y que perdiendo despues toda esperanza de salvacion, se entregase por sí misma á sus manos.—Lee las cartas de Filippo. (*Se leen.*)

Estas cartas, si se atiende á su sentido literal, nos invitan á ir, y á ir inmediatamente. Por poco sinceras que fuesen, ¿cuál era el deber de vuestros diputados? ¿No era apoyarlas para hacer salir vuestras tropas? ¿No era proponer que Proxenos, que se había alejado poco de la Fócida, volase á su socorro? Pues bien, hicieron evidentemente todo lo contrario. No os asombreis de este proceder; poco atentos al contenido de las cartas, conocian á fondo los deseos del Principe que las había escrito, y al cumplimiento de estos deseos procuraban dirigir todo su apoyo y el concurso de sus esfuerzos. Así cuando los focidenses supieron el resultado de vuestra asamblea, cuando tuvieron á la vista el decreto de Filócrates, y cuando conocieron los discursos y las promesas de Esquines, su completa ruina

quedó asegurada, y hé aquí cómo. Algunos de entre ellos, hombres sensatos, desconfiaban de Filippo; pero al fin su confianza fué poco á poco restableciéndose. ¿Sabeis por qué medio? Por esta sola reflexion. «Debemos temer que Filippo nos engañe mil veces; pero jamás los diputados de Atenas se atreverán á engañar á los atenienses: los discursos de Esquines á sus conciudadanos son verídicos, y sin duda es la ruina de Tebas la que se prepara y no la nuestra.» Otros pensaban que era necesario defenderse á toda costa. Pero aun estos estaban desarmados, porque Filippo los había persuadido de que si le manifestaban desconfianza, vosotros mismos, de quien aguardaban su socorro, marcharíais contra ellos. Otros creian que tambien abrigábais temores respecto de vuestra paz con el Monarca; pero á estos se les mostraba que vuestra paz se hacía estensiva á vuestros descendientes. Así, pues, de la parte de Atenas no les llegaba ni un solo rayo de esperanza! Hé aquí de qué modo los pérfidos lo han arreglado todo en un solo decreto; y de todos sus atentados contra vosotros, hé aquí tambien el que parece más grande á mis ojos. En efecto, proponer una paz eterna con un hombre mortal que debe su poderio á felices casualidades; estipular la deshonra de la pátria; arrancarle hasta los favores que le reserve la fortuna, y herir de un solo golpe á todos los atenienses presentes y futuros, ¿no es la más enorme de las infamias? Jamás habríais sufrido que se añadiesen al tratado estas palabras: *y para nuestros descendientes*, si entonces no hubiéseis dispensado vuestra confianza á las promesas de Esquines; confianza que ha perdido á los focidenses por haber participado de ella. Si, despues de haberse entregado ellos mismos á Filippo, despues de haber puesto voluntariamente sus ciudades en manos del Rey, han sufrido un tratamiento que desmiente las ofertas del acusado.

Para mostraros claramente los culpables y el concurso de circunstancias que ha arruinado á la Fócida, hé aquí el

cálculo y las fechas de cada suceso. Si alguno de mis adversarios quiere comprobar la exactitud, que se levante y que hable consumiendo parte del tiempo que se me ha concedido.

La paz se hizo el 19 del mes Elafebolion. Nuestra ausencia para la toma de los juramentos duró tres meses completos. Durante este tiempo, la Fócida permaneció libre. Regresamos de esta embajada el 13 de Sciroforion. Ya en las Termópilas, Filipo hacía á los focidenses declaraciones de las cuales ellos no creían ni una sola palabra. Esto se prueba por aquella comision que, sin esta causa, no os habrían enviado. El 16 del mismo mes tuvo el Pueblo la junta, en la cual los traidores lo abatieron todo bajo los golpes de la impostura y la mentira. Supongo que cinco dias despues, los detalles de vuestra sesion se supieron en la Fócida, pues los delegados de este pais se hallaban entre nosotros y tenían vivos deseos de saber cuál sería el dictámen de vuestros diputados y cuál la decision de Atenas. Coloquemos, pues, en el 20, el conocimiento que tuvieron los focidenses, toda vez que hay cinco dias del 6 al 20. (1) Vienen en seguida el 10, el 9 y el 8. En este último dia, cuya fecha lleva el tratado, se consumó la pérdida de la Fócida. Pero ¿cómo probarlo? El 4 de la tercera década estuvisteis congregados en el Pireo para tratar el asunto de los arsenales de marina. Dercilo llegó de Calais á participaros que Filipo lo habia entregado todo á los tebanos. Segun su cálculo, hacía cinco dias que el acuerdo se habia terminado. Contemos: ocho, siete, seis, cinco, cuatro. Resultan precisamente cinco dias. Así, pues, la fecha de la informacion engañosa y la fecha del decreto, demuestran invenciblemente que estos hombres secundaron á Filipo y que fueron sus cómplices en la catástrofe de la Fócida.

(1) Esto depende del modo particular que los atenienses empleaban para medir el tiempo.

Hay más aún: la ocupacion de todas las ciudades sin asedio ni asalto, y su destruccion completa en virtud del tratado, son la prueba más evidente de que los focidenses han sufrido esta suerte fatal, solo por haber dado crédito á vuestros diputados, que les presentaban á Filipo como su salvador. Ellos, por su parte, tenían á este Príncipe bastante conocido.—Toma nuestro tratado de alianza con los focidenses y el convenio que autoriza á Filipo á arrasar las fortalezas.—Se verá lo que podian aguardar de vosotros y lo que han sufrido gracias á estos enemigos de los dioses. (*Lectura del tratado de alianza de Atenas con la Fócida.*)

Hé aquí lo que debíais á la Fócida: amistad, alianza, proteccion y tropas. Oid ahora sus desgracias, obra de ese hombre que os ha impedido socorrerla. (*Lectura del convenio de Filipo con los focidenses.*)

Bien lo habeis oido, atenienses: *Convenio de los focidenses con Filipo*. No se dice con Tebas, con la Tesalia, con la Lócrida ni con ningun otro pueblo. Se consigna si, que los focidenses entregaran sus ciudades.... ¿A quién? ¿A los tebanos? ¿A los tesalios? ¿A alguna otra nacion? ¡No! sino á Filipo. ¿Y por qué? Porque Filipo era quien, segun el informe presentado por Esquines á sus conciudadanos, habia ocupado las Termópilas para protegerlos. Todos tenían fé en Filipo; hácia él se dirigian todas las miradas; con él era con quien hacian la paz. Que se continúe la lectura y comparad, atenienses, las esperanzas de este pueblo con su suerte. ¿Es la misma, ó casi la misma, que el acusado le anunciaba? (*Acuerdo de los anfictiones.*)

¡Jamás, oh atenienses! jamás en nuestros dias ni en los tiempos anteriores han presenciado los helenos acontecimientos más graves ni más crueles. Estos hechos, sin embargo, se deben á un solo hombre, á Filipo, á quien esos pérfidos han convertido en árbitro supremo. ¡Y aun

existía Atenas, protectora hereditaria de la Grecia, Atenas, opuesta por tradición á semejantes tiranías!

El conocimiento de la catástrofe de los infortunados focidenses resulta, no solamente de éste acuerdo, sino de los sucesos que han sido su consecuencia. Espectáculo horroroso y desgarrador, ¡oh atenienses! el que presenciaron nuestros ojos, á pesar nuestro, visitando últimamente á Delfos: casas derribadas, fortalezas destruidas, campos incultos, algunas pobres mujeres, algunos débiles niños y ancianos enfermos y haraposos. No, no hay palabras que puedan describir las calamidades que pesan sobre aquellas comarcas. Siempre os oí decir á todos que, cuando en tiempos pasados se trataba de someter los atenienses á la esclavitud, el voto de la Fócida fué contrario al de Tebas. Si vuestros padres volviesen á la vida, ¿cuál sería, ¡oh atenienses! su opinion y su sentencia sobre los destructores de la Fócida? ¡Oh! Yo no dudo que despues de matarlos á pedradas, con sus propias manos, aun creerian conservarlas puras. ¿No es vergonzoso, en efecto, ó más bien, no es el colmo de la infamia, que un pueblo que entonces nos salvó con un sufragio favorable, haya hallado la suerte contraria en la conducta de vuestros diputados, y sufra, á nuestra vista, desgracias que jamás han conocido los demás helenos? ¿Quién es la causa de estos males? ¿Cuál fué el autor de aquellas imposturas? ¿No fué Esquines?

¡Cuántos motivos, ¡oh atenienses! para llamar á Filipo afortunado! Y afortunado, sobre todo, con una ventaja de que no encuentro ejemplo (pongo por testigos á los dioses) entre las grandes fortunas de nuestro siglo. Haberse apoderado de importantes ciudades; haber sometido á su dominio vastos paises, y haberse distinguido por mil sucesos venturosos, son prosperidades brillantes y capaces de despertar la envidia, ¡quién lo duda! ¡Pero cuántas otras no podrian citarse que tambien ha conseguido! Tie-

ne una suerte que le es propia y de que no ha participado nadie. Hé aquí en lo que consiste: su política tenia necesidad de valerse de hombres perversos, y la perversidad de los que ha empleado ha sido superior á sus deseos. ¿Es posible no reconocer en estos traidores á nuestros diputados? Las mentiras que Filipo, á pesar de los grandes intereses que debatía, no osaba presentaros por sí mismo, ni escribir en ninguna de sus cartas, ni comunicar por medio de una embajada, estos hombres las han hecho suyas, por un vil estipendio, para sorprender con ellas vuestra credulidad. Antipater y Parmenion, servidores de un déspota y á quienes no debíais volver á ver, comprendieron que su mandato no les obligaba á engañaros; y los embajadores de Atenas, la más libre de las Repúblicas; los embajadores atenienses, que inevitablemente tenían que encontrarse cara á cara con vosotros, vivir entre vosotros el resto de sus días y sufrir una informacion á vuestra presencia, han tenido la audácia de abusar de vuestra confianza. ¿Dónde es posible encontrar hombres más infames, criminales más desenfrenados y perversos?

Pero para probaros que Esquines ha llamado sobre si la imprecacion, y que conocidas todas sus perfidias no podeis absolverle sin cometer un crimen y una impiedad, que se lea la imprecacion misma dictada por la ley. (*Se procede á la lectura.*)

Tales son, ¡oh atenienses! las maldiciones consignadas en la ley, y que pronuncia el heraldo en cada una de vuestras Asambleas y en cada sesion del Consejo. Imposible es á Esquines decir que no las conocía: subsecretario de vuestro tribunal, oficial subalterno del Consejo, él mismo las dictaba al heraldo. ¡Estraña inconsecuencia cometeriais, si hoy que podeis hacerlo no ejecutáseis el castigo que confiáis á los dioses, ó que más bien pedís á su providencia! ¡Qué! ¿Dejareis impune al culpable para cuya morada, cuya persona y cuyo linaje habeis pedido á los

dioses el esterminio? No, no, atenienses; abandonad á la justicia divina las perfidias ignoradas; pero no le confiéis jamás el cuidado de perseguir las traiciones manifiestas.

Yo sé que Esquines, por un exceso de impudencia y de audácia, hará abstraccion de todos los crímenes de sus discursos, de sus promesas y de sus imposturas públicas; y que, lo mismo que si compareciese ante otros jueces y no ante vosotros que lo sabeis todo, acusará primero á los lacedemonios, despues á los focidenses, y por último á Hegesipo. Pero esto es una verdadera burla, ¿qué digo una burla? una irritante desvergüenza. Que acuse á Lacedemonia, á Hegesipo y á la Fócida; que diga que este país no quiso recibir á Proxenos; que le llame sacrilego y le colme de insultos, ¿qué importa esto si todo estaba hecho antes del regreso de la embajada, si en aquella fecha no era imposible la salvacion de la Fócida? ¿Sabeis quién nos lo asegura? Esquines mismo, que no decia en el relato que hizo lo siguiente: sin el obstáculo presentado por Lacedemonia, sin la negativa de admitir á Proxenos, sin la oposicion de Hegesipo, sin este ó el otro impedimento, los focidenses se habrian salvado. Ni una palabra pronunció que se pareciese á estas; pero dijo, sí, en términos precisos: «Vuelvo despues de haber persuadido á Filipo que debe proteger la Fócida, que debe reparar las ciudades beocias y asegurar vuestra preponderancia política; todo será obra de dos ó tres dias, y esta es la causa por que los tebanos han puesto precio á mi cabeza.» Negad vuestra atencion á todo lo que hubiesen hecho Esparta y la Fócida antes de que él presentase su relato; no permitid que se estienda sobre la perversidad de los focidenses. No fué ciertamente por su virtud por lo que en tiempos pasados salvásteis á los lacedemonios, y más recientemente á los execrables eubeos y á tantos otros pueblos, sino porque su conservacion interesaba á la República, como en nuestros dias la de los focidenses. Y en fin,

¿qué falta cometieron, despues de los discursos del acusado, la Fócida, Esparta ó Atenas, para que no se verificase la ejecucion de lo que os habia anunciado? Hacedle esta pregunta y vereis como no puede responder. Cinco dias bastaron para que él diera esplicaciones mentirosas, para que la Fócida las creyera, se entregara y pereciese. Prueba evidente, segun yo pienso, de que el objeto de todos sus insidiosos manejos, era la ruina de esta nacion. Durante el tiempo en que Filipo hacía sus preparativos, por no poder emprender la marcha todavía, llamaba á los lacedemonios prometiéndoles hacer por ellos cuanto quisieran, de miedo á que la Fócida se les coaligase por vuestra mediacion. Pero cuando hubo llegado á las Termópilas y los lacedemonios se retiraron y descuidaron la vigilancia, entonces sobornó á Esquines para que os engañase, temiendo que Atenas comprendiera que obraba en favor de los tebanos; que la Fócida, ayudada por vuestras armas, lo venciese, y que empeñado en una guerra larga que podía consumir su tiempo, no pudiese someterlo todo, como despues ha sucedido, sin tener siquiera que desnudar la espada. Pero ahora bien, porque Filipo haya engañado á Lacedemonia y á la Fócida, ¿perdonareis al acusado el haberlos engañado á vosotros mismos? ¡No, semejante proceder sería injusto!

Si dice que para ámplio resarcimiento de la Fócida, de las Termópilas y de las demas pérdidas que habeis sufrido, os queda el Quersoneso, por Júpiter y por todos los dioses os pido, ¡oh jueces! que no le escuchéis; no sufráis que no contento con los males que os ha ocasionado su embajada, eche sobre Atenas la afrentosa mancha de haber sacrificado sus aliados, por recuperar una pequeña porcion de sus dominios. No, vosotros no habeis hecho esto. La paz estaba concluida, y se nos habia asegurado el Quersoneso cuatro meses antes de la ruina de los focidenses. Esquines fué el que más tarde los perdió engañándoos con sus

imposturas. Por otra parte, debéis reconocer que el Quer-soneso está hoy más en peligro que entonces; porque si Filipo lo atacase, ¿sería más fácil rechazarlo ahora que antes de que nos hubiese arrebatado una parte de nuestras ventajas? No; sin duda sería mucho más difícil. ¿Dónde está, pues, la crecida indemnizacion de nuestras pérdidas, cuando solo vemos que el enemigo que quería apoderarse de aquella provincia se encuentra libre de todo temor y de todo peligro?

Tambien presumo que Esquines dirá: «Estoy asombrado de ver que Demóstenes me acusa, cuando la Fócida entera permanece callada.» Bueno será deciros de antemano la razon de esto. Entre los focidenses espatriados, los unos (y estos son los más prudentes y sensatos) sufren en silencio su destierro y sus dolores, sin que nadie entre ellos se atreva á desafiar los ódios personales por vengar la desgracia comun; los otros, dispuestos solamente á hacer las cosas por dinero, guardan silencio porque no hay quien se lo ofrezca. Por mi parte, jamás daré nada á ninguno de ellos porque venga á este sitio á hacer resonar los lamentos de sus infortunios. Los hechos, más indudables, hablan muy alto por sí mismos. En cuanto á la poblacion restante, su miseria es tan estremada, que ningun habitante puede soñar siquiera en acusar en una informacion seguida contra ciudadanos atenienses. Distribuidos en grupos no muy numerosos, despojados de sus armas y subyugados, mueren bajo la mano de los de Tebas y de los mercenarios de Filipo, á los cuales están obligados á alimentar. No dejéis, pues, que Esquines hable así; precisadle á que demuestre que los focidenses no han sido aruinados, ó que él no ha prometido que Filipo los salvaría. Sí; la informacion sobre la embajada está reducida á lo siguiente: ¿Qué es lo sucedido? ¿Qué es lo que has anunciado? Si has dicho la verdad debes ser absuelto; si has sido un impostor debes sufrir el castigo de tu crimen.

¿Qué debe deducirse de que los focidenses no se presenten á acusarte, sino que tú los has reducido á no tener más posibilidad de rechazar á los enemigos que de sostener á los amigos?

Pero en este acontecimiento hay algo más que mengua y deshonor: hay para Atenas peligros cuya magnitud es fácil probar. ¿Quién de vosotros ignora que les focidenses, con su guerra y con la completa ocupacion del paso de las Termópilas, nos ponian á cubierto de los tebanos, y les cerraban, lo mismo que á Filipo, la entrada del Peloponeso, de la Eubea y del Atica? Pues bien, esta seguridad que las posiciones ocupadas y las hostilidades mismas daban á la República, la habeis sacrificado al dolo y á las mentiras de estos traidores; esa muralla que se elevaba en torno vuestro, formada por ejércitos numerosos, por una guerra continua, por ciudades poderosas de un pueblo aliado y por vastas comarcas, la habeis dejado destruir. Vanamente enviásteis á las Termópilas un primer socorro que costó más de doscientos talentos, si se cuentan los gastos de los particulares; vanamente habeis esperado tambien la humillacion de los tebanos.

Entre tantos servicios criminales como prestaba Esquines á su amo, voy á referiros el más insultante para toda la República y para cada uno de los ciudadanos. Filipo había resuelto desde el principio favorecer á los de Tebas en todas sus operaciones: al deciros lo contrario, al ponderar públicamente vuestra aversion hácia ellos, el acusado ha fortalecido el odio que os tenian y su apego hácia el Monarca. ¿Pero podía este hombre burlarse de vuestra credulidad más insolentemente?—Toma y lee el decreto de Diofanto y el de Calístenes.—Ahora reconocereis, atenienses, que cuando cumplíais vuestros deberes se os celebraba con alabanzas y sacrificios, tanto en vuestra ciudad como en las demas de los helenos; pero tan pronto como hubo pérfdos que os estraviasen, fué necesario reti-

rar de los campos vuestros niños y vuestras mujeres; fué necesario, en plena paz, espedir un decreto para que las fiestas de Hércules se solemnizasen en la poblacion. ¡Oh! ¡Grande sería mi asombro, si no castigáseis al que no os ha dejado honrar á los dioses segun los ritos de vuestros abuelos! (*Lectura de un decreto de Diofanto.*)

Tales fueron entonces vuestras órdenes, ¡oh atenienses! Eran dignas de vosotros.—Prosigue. (*Lectura del decreto de Calistenes.*)

Ahi teneis lo que, más tarde, os obligaron estos hombres á estatuir. ¡Ah! No era esta vuestra esperanza al estipular una paz que despues, víctimas de una seduccion, hicisteis estensiva á vuestros descendientes; una paz que debia proporcionaros ventajas prodigiosas. Todos sabeis los trastornos que posteriormente causaba entre vosotros cada noticia que nos traian anunciando la llegada de Filipo, con su ejército y sus mercenarios extranjeros, cerca de Megara y de Porthmos. Todavía no ha pisado el suelo del Atica; pero no hay en esto ningun motivo de seguridad. ¿Podrá entrar en vuestro pais cuando quiera, gracias á la conducta de nuestros embajadores? Hé aquí lo que debe examinarse; hé aquí el peligro que debe atraer vuestras miradas y despertar contra el culpable, contra el intrigante que ha proporcionado al conquistador esta ventaja, vuestro ódio y vuestra venganza.

Sé que Esquines evitará responder á mis acusaciones, y que para arrastraros lo más lejos que le sea posible de los hechos, enumerará todos los beneficios que la paz proporciona á los pueblos y todos los males que nacen de la guerra; por toda justificacion se limitará á hacer el elogio de la paz. Pero este mismo elogio le condena; porque si la paz ha sido una causa de ventura para los demás y un motivo de trastornos y peligros para nosotros, ¿qué deberá deducirse de aquí? Que ganados por dádivas y presentes, estos hombres corrompieron el bien en su misma

esencia. ¡Pero qué! dirá él acaso, ¿no os deja y asegura la paz trescientas naves con todo lo necesario, y vuestros fondos en el Tesoro? Responded á esto que esa misma paz ha elevado mucho más á Filipo, aumentando considerablemente su material de guerra, sus dominios y sus rentas. Nosotros tambien hemos ganado en un sentido; pero la fuerza, que nace del buen éxito y de los aliados; la fuerza, instrumento de nuevos resultados felices entre todos los pueblos, tanto para ellos mismos como para sus amigos, vendida en nuestra pátria por vuestros embajadores, se ha agotado por completo, ó mejor dicho, se ha aniquilado, mientras que la del Príncipe ha crecido hasta el punto de inspirar terror. Pero cuando por sus manejos hemos visto multiplicarse los aliados y los recursos de Filipo, sería injusto establecer, para nuestra cuenta, una balanza entre los frutos legítimos de la paz y las posesiones que han sido entregadas por otros. No, no ha habido compensacion: lejos de esto, á no ser por los pérfidos que os han engañado, los beneficios justos de la paz habrian sido para vosotros y lo mismo las demás ventajas.

En una palabra, atenienses, la equidad exige que si no obstante el número y la gravedad de las desgracias de la pátria, Esquines no ha contribuido á ellas, sea puesto al abrigo de vuestra cólera; pero exige tambien que los sucesos debidos á otros no contribuyan á su defensa. Examinad, pues, todo lo que fué obra suya, y mostradle vuestro reconocimiento, si lo merece, y vuestro enojo si su culpabilidad resulta evidente. Pero, ¿cómo descubriréis la verdad? No permitiéndole que lo confunda todo, faltas de los generales, guerras con Filipo y frutos de la paz; considerando cada objeto separadamente. Por ejemplo: ¿estábamos en guerra contra Filipo? Sí. ¿Hay alguien que quiera hacer responsable á Esquines de los acontecimientos de la guerra? No hay nadie. Sobre esto está, pues, justificado, y nada hay que decir. Un acusado debe solo presen-

tar testimonios y argumentos sobre los puntos controvertidos, y no ocuparse en estraviar la cuestion, atestiguando hechos que nadie pone en duda. A nada conduce, pues, hablar de la guerra, puesto que nadie te acusa por ella. Prosigamos: se nos ha aconsejado la paz; persuadidos de su conveniencia hemos enviado embajadores, y han ido despues otros con poderes para concluirla. ¿Hay alguno que sobre esto denuncie á Esquines? ¿Hay alguno que diga: Esquines ha tomado la iniciativa de la paz; Esquines ha prevaricado pidiendo embajadores para estipularla? No hay nadie. Pues que tambien guarde silencio sobre la paz hecha por la República; es inocente de este acuerdo.

¿Qué pretendes, pues, Demóstenes, se me preguntará, y desde cuando comienzas á acusarlo? Comienzo, atenienses, en la época en que durante vuestras deliberaciones, no sobre la oportunidad de la paz (pues este punto estaba ya resuelto) sino sobre sus condiciones, Esquines rechazó dictámenes equitativos para prestar un venal apoyo al decreto propuesto por un orador corrompido. Hecha en seguida su eleccion para la embajada de los juramentos, no ejecutó ninguna de vuestras órdenes, perdió aquellos de vuestros aliados que había respetado la guerra, y divulgó aquellas mentiras peligrosas y funestas que superan á todas las imposturas pasadas y venideras. En un principio, y hasta que Filipo pudo tratar con vosotros de la paz, Ctesifonte y Aristodemo fueron los primeros agentes de esta intriga; pero despues, cuando llegó la hora de concluirla, cedieron la tarea á Esquines y á Filócrates, los cuales, ocupando los puestos de aquellos, han consumado la obra de destruccion.

Y sin embargo de esto, cuando sea necesario que sufra el exámen jurídico de sus actos, este hábil embustero, este enemigo de los Dioses, este vil copista, se defenderá como si se le acusara de haber hecho la paz; se justificará, sí, en este sentido, no para responder á más inculpacio-

nes de las que se le dirigen, sino porque entre todos los crímenes de su conducta no halla siquiera una buena accion, y porque sabe que una apología fundada en la paz es en todos casos muy seductora. ¡La paz! yo temo, atenienses, que semejantes á los que piden préstamos á la usura, la hemos de pagar muy cara, pues los traidores han sacrificado su garantía, su estabilidad, al entregar la Fócida y las Termópilas. De cualquier modo, no fué Esquines quien primeramente os determinó á deponer las armas. ¡Cosa estraña, atenienses, pero no por eso menos cierta! Si alguno de vosotros aprueba esta paz, que dé gracias por ella á los generales que todos acusáis. Si; si ellos hubiesen hecho la guerra conforme á vuestros deseos, la sola palabra de paz os sería insoportable. Esta es, por consiguiente, la obra de vuestros generales, mientras que los peligros de un tratado engañoso y pérfido son el crimen de los embajadores vendidos. Apartad, apartad, pues, al acusado de toda digresion sobre este punto, y obligadle á que se ciña á sus acciones personales. No sufre Esquines este juicio porque sea el autor de la paz, sino porque ha hecho que todos la maldigan. Voy á demostrarlo. Si despues de concluida no hubiéseis sido engañados, y si ninguno de los pueblos amigos hubiera perecido, ¿cuáles habrían sido los perjuicios de esta paz, aparte de la vergüenza de que nos cubre? La culpa de esta vergüenza recaería aun sobre Esquines, que secundó las miras de Filócrates; pero el mal no habría sido irreparable. ¡Hoy, además de esto, tiene que responder de otras muchas desgracias!

Todos podeis ver, por consiguiente, que el crimen, la infamia de los embajadores, ha sido la causa que todo lo ha perdido y arruinado. Pero estoy, ¡oh jueces! tan lejos de sentir ódio ó parcialidad en esta causa, y de desear que vosotros lo sintais, que si los actos culpables son el resultado de ignorancia ó simpleza, yo mismo absuelvo á Es-